

LA IGLESIA-FERMENTO FRENTE A LA IGLESIA-BALUARTE

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

L mundo se *desacraliza* de tal modo que el Concilio habla de los aspectos positivos de este proceso, el cual purifica incluso a la Iglesia de supersticiones y conceptos mágicos; y tiene la nobleza de reconocer —como hacia San Ignacio— que esta persecución es para ella una real ventaja, pues la impide anquilosarse y esclerotizarse.

La *autonomía* que pretenden tener hoy todas las actividades y técnicas que realiza el hombre —y que he comentado en mi artículo sobre la desclericalización del mundo— es la primera manifestación profunda de este fenómeno. Fenómeno que es ampliamente aceptado por los católicos, como vemos en Norteamérica, donde tres centros universitarios —entre ellos la Universidad católica de Notre Dame, regentada por jesuitas— se han desclericalizado; y, en particular, el Webster College de Missouri ha sufrido una profunda transformación: la directora —una religiosa— se ha secularizado para mejor dirigir una institución que debe actuar sin tanta dependencia de la jerarquía como hasta ahora; dependencia que mediatizaba demasiado esta legítima autonomía del mundo profano, que es la propia del secolar católico y no católico.

La segunda expresión, chocante para las mentes religiosas de corte tradicional, es el *ateísmo* que invade grandes masas de hombres. En los siglos anteriores nunca se había conocido este fenómeno que ahora se manifiesta a nivel mundial. Siempre hubo individuos que eran ateos; pero ahora lo profesan no sólo personas sueltas, sino grupos humanos enteros. El ateísmo individual se ha transformado en ateísmo sociológico.

Por último, contemplamos hoy el surgimiento de ideologías —como el marxismo o el existencialismo— que pretenden ser un *humanismo integral*, que alcance a todos los rincones más íntimos, o más exteriores, al hombre, con exclusión de cualquier otro factor —llámese Dios o religión— que desvirtúe lo más mínimo el puesto central y definitivo que tiene el hombre en este mundo.

Todo ello —nuevo en la historia de los hombres— produce —tiene que producir— un profundo impacto en la religión; y, como es natural, se acusa su impronta en el catolicismo.

Crisis profundas por un lado, abandono de la práctica religiosa por otro, pérdidas de la fe cada vez más notadas, y posturas agnósticas —que ya no se recatan— respecto al cristianismo. Esos son parte de los resultados de esta «agonía» (esta lucha, como decía Unamuno) que la vitalidad de los auténticos valores cristianos emprenden hoy —como un nuevo Sansón— para sobrevivir en medio de falseamientos, debilidades y traiciones.

¿Nos daremos cuenta, de una vez, en la Iglesia, que no podemos seguir pensando con categorías de hace siete siglos, ni siquiera de hace cien años? ¿que los procedimientos condenatorios coactivos o de simple privilegio, todavía en vigor a veces, son sólo recuerdo anacrónico de otras épocas poco influidas por el Evangelio, por más que se diga lo contrario?

L espíritu de nuestro tiempo no es tan anticristiano como piensan los pesimistas y agoreros», dice K. Rahner, S. J.

Pero es lógico que la novedad de estas reacciones y fenómenos que marcan nuestra época, haya producido en el catolicismo una nueva situación, que dos teólogos, uno dominico y otro jesuita, Schillebeeckx y Rahner, han definido como una situación de «*diásporas*», de dispersión.

La época de las grandes instituciones católicas, de los grandiosos movimientos de masas en el apostolado, de los influyentes partidos católicos y de los poderosos sindicatos cristianos, está feneciendo. El cristianismo se reduce en sus dimensiones exteriores, para concentrarse en pequeños núcleos más vitales, aunque sean minoritarios. Los seminaristas ya no creen en la profusión de leyes canónicas que intentan conservar solamente un cuadro exterior y sin vida; y los seglares no queremos vivir separados de los no-creyentes ni de sus preocupaciones y reflexiones, que a veces tienen más fundamento y realidad de lo que hemos afirmado. Unos y otros pensamos que cada vez irá reduciéndose más el ejercicio de la autoridad eclesiástica —como pronosticó en 1965

Rahner—, para aumentar, en cambio, el testimonio global de la Iglesia toda —jerarcas y fieles— de sincero amor a los hombres y de preocupación por todo lo que es humano. «No luchamos sólo por la salvación de las almas en la vida eterna —dice el Obispo Helder Cámara—, sino también para permitir que vivan los seres humanos aquí abajo». No queremos ya esa férrea disciplina sin sentido que pretende mantener unos cuadros compactos de cristianos alejados de las preocupaciones de este mundo, de esas preocupaciones que son la guerra, la injusticia, el hambre y la esclavitud psicológica o la promoción obrera.

ESTAS pequeñas comunidades —y no sociedades ni asociaciones— que los cristianos católicos están empezando a formar espontáneamente, son la única Iglesia que existía en los primeros siglos cristianos, donde todavía no había ninguna profusa colección penal de leyes eclesiásticas, ni organismos burocráticos centralizadores, ni controles autoritativos de carácter negativo. No se veía, ni mucho menos, esta grandiosa monarquía —imitación a gran escala de la monarquía hebrea— que hoy todavía contemplamos, a pesar de los nobles esfuerzos de los Padres Conciliares por reducirla a sus debidas proporciones más democráticas.

Conozco en España este comienzo de pequeñas comunidades vitales, que reunidos fieles y clérigos un día por semana, se transmiten sus preocupaciones por el futuro de la Iglesia y sus desvelos por una mayor justicia en el mundo, analizando las actitudes que son verdaderamente cristianas —y humanas— ante este mundo que no podemos ni debemos despreciar. Pretenden vivir el banquete de amor, que se llama Eucaristía, y olvidar esa moral hipócrita de los libros de enseñanza teológica, llena de distinguos, límites y recovecos, que —como me decía un amigo— parece hecha para que los señores burgueses se salven, en medio de su poca moralidad. En cambio, estos cristianos miran al mundo con ojos realistas y saben, poco a poco, subir la cuesta de una verdadera y auténtica promoción humana de todos; y no sólo de uno mismo, como si cada uno fuera el centro del mundo, de un mundo compuesto sólo de una suma de egoísmos.

La imagen que define a la Iglesia ya no sería entonces el concepto jurídico de «sociedad», sino el vital de «comunidad»: porque los lazos de unión no serían en adelante los de una disciplina rígida al estilo de las sociedades humanas, sino el vínculo del amor que enlazaría unas a otras, en una sencilla federación; y donde todas estarían «presididas», y no gobernadas como gobiernan los líderes políticos las sociedades civiles. El Obispo y el Papa serían los presidentes en el amor de estas comunidades; pues como afirmaba el Papa Pablo VI, dirigiéndose a los protestantes, la única justificación del primado romano es ser un primado de servicio, ministerio y amor, o sea, «el de presidir en la caridad», según decía en los primeros siglos San Ignacio de Antioquia.

Esas pequeñas comunidades, sin apenas estructura, serían el foco de irradiación del auténtico mensaje de amor y comprensión, y de responsable iluminación de todos los problemas del hombre. No creen, estos cristianos, saberlo todo: sólo llevan, en medio de un mundo eclesiástico demasiado duro, frío y legalista, un poco de amor en el corazón hacia los que viven fuera de él, porque no han podido resistir la asfixia de tanto legalismo inútil. Y por eso —dentro de la dinámica del mundo y de su progreso técnico, cultural y humano— intentan comprender todo avance, toda cuestión sin resolver, para aportar —como uno más— una vía de solución. No quieren, por tanto, más etiquetas que les distingan, sino sólo desean vivir y expresar sinceramente, con hechos de convivencia humana, lo que llevan dentro.

No pretende distinguirse por signo alguno exterior: para ellos, ni la **SIGUE**

Terlenka® y... acción!

¡PONGASE EN ACCION...
PONGASE TERLENKA!



Una lencería para mujeres de hoy, al tiempo caprichosa y práctica. Tonos románticos, dibujos de gran moda y, naturalmente, LAVAR... Y LLEVAR.



IBERENKA MLE

LA IGLESIA-FERMENTO FRENTE A LA IGLESIA-BALUARTE

señal de la Cruz, ni el bautismo, ni la asistencia a los actos de culto son suficientes, si falta el amor. En cambio, allí donde ven el amor —como decía San Agustín—, y falta de buena fe lo otro, saben que hay un *crisiano anónimo*, más cristiano incluso que el que sólo —o preferentemente— lleva el marchamo religioso.

Por eso se sienten más a gusto entre estos cristianos ocultos —que no llegan a serlo externamente— que entre muchos católicos declarados, que excluyen a los que no son bien pensantes como ellos, que no quieren dialogar con todo hombre, o que practican el culto y no viven el amor. Maritain —el hoy un poco senil pensador— confesaba hace años que un católico evangélico —que pone por delante el amor y no la ley— estaba más cerca de un in-crédulo de buena fe que de un católico integrista, que avasalla al hombre con la institución eclesiástica y el derecho canónico, en vez de poner éstas al servicio de todo lo humano.

Hay estamos asistiendo en nuestra Iglesia a un fenómeno curioso. Cuando se «liberaliza» el pensamiento en el catolicismo, vemos —los que componemos el pueblo— con buenos ojos la época liberal, madura, de Maritain; pero miramos con «pena» la época senil de este gran pensador. Respetamos su «Humanismo Cabal», y criticamos su «Campeño del Garona». Lo contrario que hacen todavía algunos católicos que no avanzan con los signos de los tiempos. Hace veinte años impedían que se publicasen en nuestro país sus obras progresivas —moderadamente progresivas— y ahora recomiendan su caduco pensamiento actual.

NO queremos ya una Iglesia-baluarde, sino una Iglesia-fermento. Nos acordamos del Concilio cuando dice: «La Iglesia... avanza juntamente con toda la humanidad, experimenta la suerte terrena del mundo; y su razón de ser es actuar como fermento y alma de la sociedad» (G. S., n. 40).

Sentimos en nuestra carne el dolor de los hombres, sus inquietudes y angustias. Nos escandalizamos de que Occidente —el Occidente cristiano— sea una selva, no de árboles, sino de fieras con aspecto humano que luchan despiadadamente por conseguir lo suyo, haciendo abstracción del otro.

Por eso no creemos ya en una religión que no sea humanista. Y si nuestros cuadros religiosos lo olvidan en alguna manera, estamos decididos a hacer todo lo que esté de nuestra parte para humanizarlos, quitándoles todo afán de poder o de riqueza, de influencia o de dominio, de dureza o de totalitarismo.

Incluso para nosotros el humanismo, no el humanismo abstracto de los racionalistas de hace un siglo o dos, sino el verdadero humanismo de los hombres sinceros, realistas y auténticos —de la existencia real y profunda—, es verdadera religión. Porque sabemos por nuestra fe, que en «todos los hombres de buena voluntad obra la gracia en su corazón de modo invisible», y están unidos a Cristo —sin darse cuenta ellos— «sólo en la forma de Dios conocida», como dice el Concilio (G. S., n. 22). Pienso que todavía no hemos calado todas las consecuencias que tendrá para el futuro que «el cristianismo no es ninguna otra cosa, sino el enunciado claro de lo que el hombre experimenta oscuramente en la existencia concreta» (K. Rahner, S. J.).

Para mí, un «no-cristiano», auténtico en su vida, plenamente honrado y sincero, ya es cristiano; y lo que únicamente le falta es llegar a profundizar con sus ideas y reflexionar en lo que ya es y vive en lo más profundo de su existencia.

Como decía hace poco un Obispo francés —Monseñor Ménager— a un grupo de dirigentes de empresa católicos: «El Papa ha hablado de culto del hombre... Que no se nos diga que con este culto del hombre la Iglesia falta a su misión, pues ama al hombre tal y como Dios lo ama... Pero el hombre no tiene una vocación humana, y además una vocación sobrenatural, al modo de un bello edificio sólido y bien construido —el humano—, que los cristianos lo ampliasen poniéndole encima un piso más —que sería lo sobrenatural—. Se ha abusado de esta distinción entre lo natural y lo sobrenatural, siendo así que sólo hay una unidad en el designio de Dios». No hay más que la existencia real de los hombres sinceros, que engloba lo uno y lo otro, sin necesidad de signos, banderas o marchamos exteriores que lo aboguen.

El cristianismo, por eso, no prohíbe nada más que el egoísmo, ese encerrarse en sí mismo, clausurándose en su pequeño yo egocéntrico, limitándose a su pequeñez: en cambio, la apertura, el abrirse al otro, el ser persona (pues eso es tener personalidad, que no es sino sinónimo de apertura), es ya entrar de lleno en el cristianismo, en la influencia del Evangelio.

A esto vamos; y de nosotros depende que eso se considere o no cristiano.

E. M. M.